

La ardillita que no sabía leer

POR VARIOS AUTORES

FORO DE CUENTO INFANTIL SEVA



Copyright del texto © varios autores

Copyright de esta Edición© Ediciones Doble AA

Quedan reservados todos los derechos

Impreso en España por MPM 2014

UN CUENTO en cascada

POR AUTORES DEL FORO SEVA.

- 1 Nieves Fuenzalida
- 2 Ángela Ruano
- 3 María Frascara
- 4 Raquel Soto De Los Reyes
- 5 Silvia Finder Gam
- 6 Vilma Novik
- 7 Georgina Lázaro
- 8 Lourdes Villaseñor
- 9 María Fernanda Macimiani
- 10 Margarita Iguina



María, una pequeña ardilla, pero con una cola hermosísima que la hacía distinguirse de las demás de su colonia, un día sorprendió a todas ya que en su camino encontró un libro de cuentos y no se lo comió porque descubrió las letras. Lo llevó a su nido, que había construido en un arce de ramas fuertes y resguardadas del viento y que la protegía de Mr. Winter cuando lanzaba bofetadas de nieve congelada y de la otra, de copos que parecían flores blancas que lanzaban las naves espaciales que cruzaban el cosmos dignas de tarjetas postales.

Elena, que tejía con sus colmillos agudos su bufanda invernal con las hilachas de paja que le había dejado el verano, le preguntó con una sonrisa juguetona si podía comer ella el libro ya que le parecía “yami, yami” con todos esos colores y esas cosas negras que se repetían como los maníes que ella encontraba en sus correrías.

María le contestó inmediatamente que no, ya que esas cosas contenían un secreto para ella y lo quería descifrar.



Elena, no se quedó conforme, le gustaba eso que se había encontrado la ardilla María. Se fue a ver a su amigo Nicolás, un

oso, al que le gustaba la miel que desprendía el arce. Ella quería comerse

a toda costa aquella cosa tan rica. Nicolás era alto y fuerte y la ayudaría a apoderarse de ese festín. No renunciaría a algo tan sabroso.



María en cuanto se daba cuenta de que no la veía ningún amigo del bosque, subía al árbol, abría el libro y miraba absorta las letras y los dibujos. Estando en esa tarea, oyó un zumbido en lo alto de su escondijo y vio a la bruja Sabelotodo haciendo piruetas.

Formaba tal ventolera que las hojas del árbol se movieron como si el Dios del viento estuviera muy enfadado, pero qué muy enfadado, y descubrió a María descifrando el contenido del cuento.

—JA, JA, JO, por fin encontré mi libro de conjuros. Ladrona, tú me lo has robado.

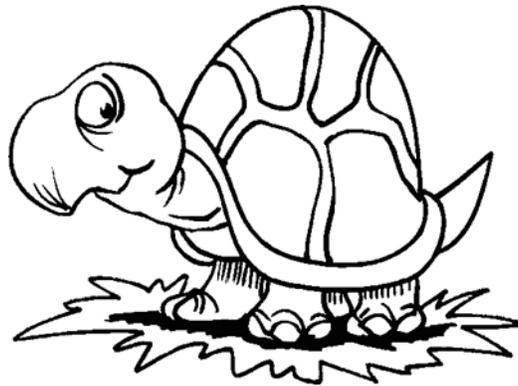


—NO, no soy una ladrona. Me lo encontré y como no sé si verdaderamente es tuyo, no te lo voy a dar.

—Eso ya lo veremos —le contestó la bruja, alargando los brazos y sacando las uñas como un gato dispuesto a arañar a su víctima.

Y antes de que la bruja Sabelotodo la hechizara con algún conjuro, María saltó de árbol en árbol y hasta voló escondiéndose en la gruta de la Doncella Encantada.

3



En la gruta de la Doncella Encantada la ardilla supo que no podría quedarse por mucho tiempo oculta sin ser descubierta. Dio vueltas sobre sí misma buscando una solución. Cantó, habló y pataleó hasta que súbitamente se detuvo y en su mirada pudo observarse la chispa de la esperanza.

Debía ir al encuentro de Doña Tortuga, la anciana sabia. Debía llegar a las colinas de Sophia. No sería complicado, sólo exigía coraje.

Esperó hasta la noche y agazapada entre las sombras se alejó de la colonia. Llevaba consigo lo puesto y su tesoro... el libro.

Caminar sola en la noche, huyendo o volviendo, vaya uno a saber, hizo que sus pensamientos vagaran sin rumbo y aparecieron algunos que se encontraban dormidos en el olvido.

Recordó a su abuela hablando de doña Tortuga. Ya en aquella época nadie imaginaba su edad. De ella se decía que tenía una respuesta para todo y daba los más sabios consejos. Solía decirle:

“Cuando te encuentres perdida visita a Doña Tortuga. Nunca la olvides”.

El amanecer la sorprendió a pocos pasos de la cabaña de la anciana sabia. María cavilaba sin decidirse entre golpear el aldabón o aguardar a que alguien saliera, cuando por detrás escuchó una voz que dijo:

—María, anoche supe que vendrías. Te esperaba.

La joven ardilla no salía de su asombro. Tosió, bajó la mirada y respondió:

—Doña Tortuga, disculpe usted la hora...

La anciana no dio importancia a las disculpas y la invitó a sentarse.

— ¿Qué te trae por aquí, jovencita?

María contó a la anciana todo cuanto había ocurrido desde el hallazgo del libro y terminó su relato con el episodio de la bruja Sabelotodo.

Doña Tortuga reía sin parar:

—Ay, mi niña, nadie con ese nombre puede saberlo todo. Alguien que en verdad sabe todo, jamás se dejaría bautizar con ese nombre. Los que en “verdad” saben nacen con el don de la humildad. ¿Quieres que te diga algo? Esa brujita mentirosa no perdió ningún libro de conjuros. Tú te aferraste tan decididamente a él que provocaste su curiosidad. Pero, para pesar de ella, fuiste más astuta.

Mientras la sabia hablaba preparaba unos mejunjes con hierbas, polvos y leche.

—De verdad quieres saber qué contiene tu tesoro; qué dice en él?

—¡Si doña Tortuga, claro que sí!

—Pues debo advertirte que no será una tarea fácil. Exigirá tu dedicación y compromiso. Pero fundamentalmente deberás creer en ti misma, María. Deberás sentirte capaz de develar el misterio de los símbolos.

El entusiasmo se dibujó exultante en el semblante de la joven. Eso arrancó una nueva sonrisa al rostro ajado de la sabia.

—Luego continuaremos conversando, ahora debes alimentarte. Come esto... —y extendió a la joven un cuenco con el mejunje que recién había machacado. Para sorpresa de María sabía exquisito.

4



LIBRO

—¡Dios mío, he dormido como el oso Nicolás! —se dijo María. La nieve había cubierto su ventana, sin embargo, algunos rayos de luz se filtraron dándole en la cara. De pronto gritó:

—¡Mi tesoro! ¡Mi libro! ¿Dónde está? —Y tirando por los suelos las plumas de cisne que la abrigaban saltó de la cama. El libro había desaparecido. Su gran cola tornasolada golpeó las paredes y dando tumbos entró al comedor.

—¿Qué has perdido pequeña? —le dijo la anciana. —Cálmate te ayudaré a encontrarlo —y los ojos tiernos de doña Tortuga la miraron asombrada.

—¡Mi libro! ¡Mi libro! —repitió angustiada.

—Creo que está sobre la mesa, junto a las castañas, las nueces, la leche tibia y la miel. —Y aquel rostro tan viejo y arrugado, se arrugó aún más en una gran sonrisa.

María, con la cabeza enterrada en el suelo, solo se atrevía a mostrar la cola, pero atinó a decir muy quedo:

—No estaba donde lo guardé.

—¡A desayunar, hoy tenemos mucho trabajo! —Y Doña Tortuga sirvió, se relamió y sin darse por enterada levantó la mesa.

—Querida ardillita aquí va tu primera lección: esas pequeñas cositas negras solas no son nada, pero si las juntas te van a decir muchas cosas al oído y especialmente al corazón. —Y sus dedos huesudos señalaron una a una las letras, mientras de su pecho salió un extraño ruido.

—MMMMMM —luego otro, esta vez de la boca abierta.

—AAAAA.

—MMMM AAAA —repetía la vieja tortuga y a María le pareció que había equivocado el camino, la anciana dama parecía estar loca.

—No creo que pueda revelarme ningún secreto. —pensó. Y como si la oyera la Señora Tortuga acariciándole la cabeza le pidió:

—Repite, María, repite.

María meneó su gran cola y escondió la cara tras de ella, ya había ofendido mucho a la viejita. Se iría antes que las cosas se

complicaran más. Buscaría algunos de los sabios de las naciones de los llanos, quizá al gran jefe de los Ojibwa o tal vez, a Curalotodo, médico de la gran nación Sioux.

—Repite, María, repite. —La dulce voz de la anciana, le interrumpió el vagabundear de sus pensamientos.

—Mmmm, aaaa, mmmm, aaaa —repitió mientras seguía con los ojos los dedos de la tortuga sobre el último grupo de las “cositas negras”. Estaban estampadas en la primera hoja de su libro y eran, sin lugar a dudas, más grandes y más negras que las del resto del libro. Estaban agrupadas caprichosamente.

Ooo ooooooooo oo oooo

Sacudió la cabeza, debía terminar pronto ese juego y se marcharía. “Pobre anciana, la soledad le ha enfermado”, pensó tristemente.

— ¡En voz alta! En voz alta —insistió la anciana.

—Mmmmaa, mmmmaa —repitió María una y otra vez y de pronto aquel sonido ya no fue extraño. ¿Las pequeñas letras decían mamá? Sí, decían mamá. Entonces se le estrujó el corazón, recordó lo tibia y perfumada que era la piel de su madre, su gran cola rizada de tonos cobrizos, tan hermosa y cómo le enseñó a subir y hasta volar por los árboles. ¡Cuánto la extrañaba! Entonces, los ojos se le humedecieron y quiso saber más.



—¿Entonces no son hormigas tíasas? ¿Tienen sonido, recuerdos, sensaciones? ¿Y cómo se hablan? ¿Y cómo...?

—¡María, tranquila! Ten paciencia. Paso a paso descubrirás el secreto. Solo sigue mi dedo cuando señalo, escucha lo que digo que es exactamente lo que ellas cuentan. Aprende.

María sintió un cosquilleo por todo su cuerpo. Escuchó la voz de doña Tortuga que leía:

—Érase que se era cierta vez, dentro del tronco de un enorme y dulce arce, una gran familia de...

—¡ARDILLAS! —gritó María.

Doña Tortuga la miró seria, bajó el libro, lo apoyó sobre el suelo y cerró sus ojos. Se quedó en silencio largo rato.

María estaba ansiosa, pero se dio cuenta de que debía callarse y esperar. Cuando la tortuga abrió los ojos la miró y sonrió. Le hizo señas para que volviera a su lado y abrió nuevamente el libro.

—¿Qué decía aquí? —y le señaló lo que hacía rato había leído.

María lo repitió textualmente, como si cada una de esas manchitas, ya le fuesen familiares.



Estaba develando el gran secreto, pero sabía que debía armarse de paciencia porque cuando fuera dueña del misterio, ya nada sería igual. Siguió con la red de sus ojos atrapando ese mundo maravilloso y fue encontrando respuestas.

Las manchitas eran nada más y nada menos que letras. Cada una tenía un nombre, un sonido y la enorme necesidad de no estar sola. Habían nacido para darse, para jugar en ronda. Para tomarse de las manos armando palabras y todas reunidas contar historias...

Así fue que María, ardilla inquieta y curiosa, sentía un cosquilleo dulce por dentro y los ojos húmedos de emoción y asombro. Se sintió gigante, poderosa.

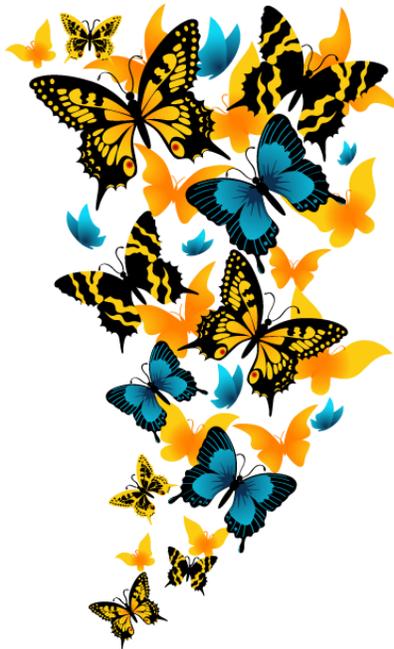
Supo que era dueña del más grande tesoro.

Comenzó a enhebrar letras como hacía con las flores para armase collares. Su entusiasmo crecía y crecía. No paraba y el aire se llenaba de sonido de voces, de magia.

Ante la mirada tierna de doña Tortuga, María empezó a recorrer renglones y a encender estrellas en cielos de papel, a volar sobre unicornios por senderos de arcoíris, a acunar luciérnagas

insomnes, a poner en el ojal de la noche un botón de luna y nácar...

7



Ese era el momento maravilloso para comenzar a develar el misterio de los símbolos, como le había propuesto la tortuga sabia. Ahora entendía por qué valía la pena su dedicación y sacrificio, como le había dicho la anciana.

Ese era el secreto; más apetitoso que el papel que Elena quería saborear y la miel deseada por el oso Nicolás, más prodigioso que cualquiera de los conjuros de la bruja Sabelotodo. Ya era capaz de convertir lo que alguna vez pensó que eran hormigas tías en mariposas y hacer volar su imaginación. Ahora tendría al alcance de su mano, todo lo que otros habían contado y, ¿por qué no?, hasta podría contar sus sueños a los que vendrían después.



Entonces comprendió que en ese juego de letras se formaban palabras vacías y palabras llenas. Las vacías eran: por, para, según, tras... entre otras. Mientras que las llenas de significado eran como pequeños conjuros maravillosos que tenían la fuerza de enunciar y crear imágenes casi, casi instantáneas, como al decir: árbol o manzana o amanecer.

Y entonces empezó a saltar de rama en rama con la seguridad de saberse aún más poderosa que la bruja Sabelotodo porque, mientras esta dependía de lo que el libro decía, ella en cambio podía escribir nuevas ideas para compartirlas con todos los habitantes de los alrededores.

Y si había trabajado duro para descifrar aquellas enigmáticas letras, ahora se la pasaba ensayando trazos como quien dirige una orquesta con una ramita sobre la tierra suelta. Dibujaba la A muchas veces y la M y la B y todas las letras hasta tener la soltura necesaria para hacer un gran libro que le diera magia y poder a todos.

Pero sintió que tan grande era esa empresa que necesitaría ayuda. Pero ¿quién podría ayudarla?



¿Quién desearía tanto como ella crear un libro poderoso, que con su magia pudiera pintar sonrisas o lágrimas con sólo leerlo.

Tantas sensaciones la envolvían que no había podido terminar la lectura del libro de cuentos, que doña Tortuga le había enseñado a descubrir. Así fue que retornó la lectura, ahora más segura gracias a la práctica que le permitía disfrutar de los sonidos y las sensaciones que le provocaban las palabras. Esta vez se dejó llevar por las mariposas, bailó con ellas, olvidó que las hojas eran de papel y se zambulló en ellas.

En voz alta y con expresiones que daban color a su voz fue descubriendo una historia con sabor a nuez y un calorcito familiar que le daba golpes en su corazón. Por momentos sintió que esa historia dentro del tronco de un enorme arce era suya. Creyó recordar a esa gran familia en tiempos felices y otros no tanto.

Recordó esos días en que todas se preparaban para guarecerse del temido Mr. Winter que acechaba, pero con más energía que otros años.

Abrazando su suave cola, no apartó un segundo de la lectura hasta escuchó un sollozo o un gruñido que la despertó del encantamiento. No podía creer la magia de ese libro.

A su alrededor, en silencio, con la mirada calma puesta en ella, estaba el oso Nicolás, Elena la araña y muchos otros animales ansiosos por seguir escuchando el cuento.

Nadie pronunció palabra alguna, María comprendió que ellos también estaban encantados por el cuento y descubrió otra virtud de las palabras; una más.

10



Con una amplia sonrisa miró a sus amigos y continuó con la lectura. Al final todos comenzaron a aplaudir. Como anochecía se despidieron con la promesa de que volverían a reunirse en corto tiempo.

Al día siguiente la ardilla decidió hacer un viaje siguiendo la ruta que marcaba un río. “Tengo que ver de cerca lo aprendido en el libro”, pensaba María luego de caminar durante todo un día sin dejar de mover la cola que comenzaba a cubrirse de pelos blancos. Al llegar al final del camino se detuvo al lado de un árbol de cerezas negras con el libro bien agarrado entre sus patas delanteras. Deslumbrada observó un plato enorme, azulado, que se movía formando olas tan blancas como el merengue. Abarcaba todo el horizonte.

“¡Cáspita!, aquí está, tiene que ser el mar del que me habló doña Tortuga cuando con su inmensa sabiduría me enseñaba a observar las letras: mar... m-a-r. Es lo más bello que haya visto en la vida, igual que aprender a leer”. Se puso tan nerviosa que el libro cayó al suelo y, de pronto, un papel doblado como un

abanico se desprendió de entre sus páginas. Al abrirlo vio que tenía dibujadas varias islas pequeñas a lo largo de un mar gigante.

“Una fuerza desconocida me obliga a formar con el mapa una pequeña nave. No entiendo”, pensó al escuchar el dulce sonido de una flauta de pan como si regresara a los tiempos de los faunos y las ninfas. “Todo mi cuerpo vibra. Siento que parte de mi ser se desprende para marchar a otro lugar”.

De inmediato partió en el barco de papel sobre las mansas aguas que la llamaban como si escuchara un silbido de sirena. Con el vaivén de las olas navegó empujada por el viento. Escuelas de peces acompañaban en ocasiones a la recién entrenada marinera. Más adelante, luego de cruzar paralelos, tropezaba con mantos de sargazos de un verde intenso, hasta que sin poderlo evitar, el barquito encalló en un arrecife.

“¿Qué será esa edificación tan antigua que se ve a lo lejos. Parece un castillo con ese muro gigante que lo rodea? ¿Cómo podré irme de aquí?”, dijo en voz alta luego de salir del barquito y mientras miraba el horizonte parada sobre una roca.

En ese momento una pléyade de mariposas Monarca, amarillas con puntos negros, que regresaban al norte, a su lugar de origen, suspendieron el vuelo. Enseguida un grupo elevó por los aires al barquito con el libro en su interior mientras otro grupo levantaba a la ardilla por sus patas delanteras hasta depositarla sobre el suelo en una torre del castillo.

“Gr...acias”, quiso decirles, pero ya las mariposas habían levantado el vuelo.

Había llegado a una ciudad en plena celebración. A los lejos se escuchaban los tambores y las flautas seguida por las trovas que acompañaban las comparsas de cabezudos quienes marchaban sobre callecitas adoquinadas. Repartían a su paso libros de historias ilustradas. Sonrió y, luego de obtener un

ejemplar, se acercó a una fuente para refrescarse. Como por arte de magia, volvió a despertar cerca del árbol de cerezas negras. Las incipientes canas de su cola habían desaparecido.

“Aunque me falta mucho por aprender, acabo de escribir mi primer cuento. Ya tengo una nueva historia para compartir con mis amigos”.

Terminado el día 4 de febrero del 2014. Con mucho cariño, con mucha ilusión y mucha unión.

El fin de este proyecto organizado por GEORGINA LÁZARO coordinadora del Foro de Cuento Infantil SEVA, fue compartir un cuento con niños de escuelas y barrios en condiciones vulnerables, cuyo acceso a los libros es escaso o nulo. Algunos integrantes del grupo lo difunden en municipios, barrios, escuelas y bibliotecas, en forma gratuita y con autorización de sus autores.

PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN EN INTERNET, EN CUALQUIER MEDIO VIRTUAL o IMPRESO SIN AUTORIZACIÓN POR ESCRITO DE SUS AUTORES.

ESTA VERSIÓN EN PDF FUE REALIZADA Y DIFUNDIDA POR MARIA FERNANDA MACIMIANI (UNA DE LAS AUTORAS DEL CUENTO) PARA SU PUBLICACIÓN Y DIFUSIÓN EN LA REVISTA VIRTUAL "LÉEME UN CUENTO" .com.ar Publicado el 10 de febrero de 2015 Descarga Gratuita.

Cuentos

<http://www.leemeuncuento.com.ar/cuentos.html>

